

objetividad temática ¿Habrás perdido la Poesía con la Esperanza del fondo de la caja de Pandora?...

Recuerda João de Deus a los cantores medievales, a los galaicos o lemosines. Evoca la poesía trovadoresca de los cancioneros, y también el estilo nuevo a la italiana y a los Clásicos y a la Biblia. Sin pesimismo, ni lamentos de ausencias y nocturnos—si acaso dulces *saudades*—hay en la poesía de João de Deus ecos garcilasianos, rumores de endecasílabos renacentistas: Dante, Petrarca.

En los comienzos fué trovador estudiantil. Los amigos copiaban sus versos; así, añádiense o apagábanse estrofas. Buena labor la de estudiar las variantes en las poesías de João de Deus. Luego, mal vivió en provincias, diseminando sus versos en pequeñas revistas y diarios. Más tarde alcanzó la fama y apareció su «Cartilla Maternal». En 1869 publicó «Flores del Campo» y, después, «Folhas Soltas».

El poeta canta el Amor, el amor a la mujer, el amor a su pueblo, el amor a Dios. Es tan clara, tan precisa la voz de su fuente perennal, tan suya, tan única, que no se apaga a través de lustros y de Escuelas. Envenenados de angustiosos «ismos», serena un baño bautismal en las aguas puras de la ingenua Belleza.

«Lirios de luz inocente a los que millones de años no robaran un pétalo», según Guerra Junqueiro. «Tiene las sonoridades luminosas del genio», dice Gomes Leal. Teixeira Gomes añade que sus versos son el más puro manantial de dulzura, la más penetrante y exquisita subjetivación de amor que se conoce. Y Antonio Nobre, el poeta triste y moribundo, le llama «grande y delicioso poeta». Sí, delicioso, encantador poeta.

«El libro de Amor» de Juan de Dios, publicó en Lisboa en Abril de 1921, veinticinco años después de la muerte del poeta. Alfonso Lopes Vieira, en breves palabras ofrece esta edición a su hijo, el hijo del Poeta: «este libro—le dice—es uno de los dones de la Patria y una de las glorias del Mundo». Se divide en tres partes: «Amor idílico», «Amor elegíaco» y «Amor místico». Termina en *O cantico dos Canticos no libro do Amor*.

Tenía João de Deus el aspecto de un apóstol de retablo barroco. Su cabeza enmelenada, gran bigote y barbas patriarcales, fortalecían la apacible mirada de sus ojos mansos y soñadores, como el mirar del otro Juan, de San Juan de la Cruz. Hay en su cara íntimas vehemencias de ideales humanos, frenadas por una ingenua calma que trasciende en amores a las criaturas, y, sobre todos sus amores, en el amor a Dios:

.....

 Ergue no ceu a luminosa fronte
 A lâmpada da Fé, onde a nossa alma
 Vai, como a corça a solitaria fonte,
 Matar a sêde que mais nada a calma.

ENRIQUE SEGURA

UNAMUNO Y SU INMORTALIDAD

«Y el fin de la vida es hacerse un alma inmortal» (Unamuno: «La Agonía del cristianismo»).

VAMOS, lector, al margen de tantos libros y estudios, como sobre él se han escrito—y es esto tema para ser más amplia y gustosamente tratado en otra ocasión—, a adentrarnos y abismarnos en el recuerdo de Unamuno, que así cumpliremos su deseo de revivirnosle, al pensarle y recordarle. Y recordémosle en Salamanca, en «su» Salamanca, en cuyas piedras el sol «...al acostarse encienden—el oro secular que las recama», que guarda, como él deseó, su recuerdo y su alma, que él quiso pedernosa como la de la ciudad cantada y amada. Porque allí, donde el cielo y el sol abrasan las almas, vino a enseñar, y aprendió a cambio su inmortalidad.

Allí en Castilla, descubrió Unamuno su *buena nueva*, vieja ya para el que cree en Dios. Y comenzó a predicar su *evangelio*—suyo le creía él.—Y su evangelio es un imperativo categórico, a la manera kantiana: «Obra de manera que puedas merecer la inmortalidad», lo cual supone una *fictiva ficción*, al modo del *como si* ignaciano—, que desveló el señor Maldonado en una famosa conferencia—: «Pretende ganar la inmortalidad, *como si* tal inmortalidad solo de tu obrar dependiera». Y, claro está, que sabes tú, lector, como sé yo, que la inmortalidad es don que insiste en cada uno de nosotros, es decir, que está dentro de tí, dentro de mí, que somos inmortales, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y Dios no muere, que es inmortal. Pero D. Miguel quiso una inmortalidad suya, hecha por él y a su medida. Solo que tal inmortalidad se la hemos dado nosotros. Y no es invención mía, no. Lo dice él mismo, él, que se sueña su ser y su *ex-sistir* (ser fuera) de nosotros, que sueña sus entes ficcionales que viven, porque él les sueña. ¿Y a D. Miguel, quién le sueña para que *ex-sista*, para que sea fuera del que le sueña? Pues nosotros le soñamos a él, haciéndonos cada uno un D. Miguel tan verdadero como el D. Sandalio de su novela inargumentada—, que así es más novela, dice—¿Y si no fuéramos nosotros que le soñamos, quién le haría inmortal soñándosele? Porque él, como ser real, fué desoñado, es decir, murió en el despertar de quien le heña en su sueño vividero y vivificador.

Así sus figuras soñadas, su Agustín Pérez, su Fulgencio Entrambos Mares, su Manuel Bueno—¿Santo, por qué?—, su pobre Juan—Juan Lanás y trasquilado—, y todos los otros. ¡Y tan de sueño! Como que solo en él se les encuentra. ¿No has observado, lector, que estos personajes son como de sombra, impalpables e inaprehensibles?

Fuera, son pálidos personajes, a los que cierta niebla—la suya, la de su *n i v o l a*—, desdibuja y difumina y apaga sus gestos y palabras. ¡Triste destino el de todos ellos! Porque solo vivieron en el soñar de D. Miguel. Y ahora, de-soñados, ¿viven aún o desaparecieron? ¿Ganaron también ellos la inmortalidad? Yo tengo el presentimiento de que alguno ha logrado escapar a ese desueño de Unamuno y colándose en nuestro vivero soñar. Alguno que algún día nos descubra los secretos del alma de su soñador, que él no quiso descubrir en D. Sandalio, tipo del D. Sandalio de su sueño, que él se hizo, y nos diga si son ellos, sus personajes—*p e r s o n a c u l u s*—menos que *persona*, quienes se sueñan a su D. Miguel. O si éste se encontró al despertar con su soñador, con el que soñándole le daba vida aparental en su sueño. Porque de todas las novelas que escribió, ninguna deja con más amargo y agudo deseo de conocer su desenlace como la suya propia; porque es seguro que tuvo que decir al Agustín de su «Niebla»: «Tenías razón, sueño mío, yo, que te crié y te condené a morir, también he tenido que morir como tú, que ser desoñado como tú, y como tú convertirme en una sombra más». Y eso lo tuvo que decir Unamuno que no quería morir, sino vivir y pervivir en quienes le sobrevivieran, sus obras de la carne y del espíritu, y aún en su propia realidad personal y existencial.

¿Sabes tú, lector, cómo murió quien tanto temía morir? Fué un día claro y luminoso del transparente invierno castellano. D. Miguel, como quien va a dormir, fué—sin pretenderlo—a buscar respuesta a su agónica inquietud. ¿Cómo sería la entrevista de D. Miguel con su soñador, con quien aquél se encontró sin darse cuenta? ¡Tuviese piedad de él! Dejó de soñarle y se acabó.

Pero a Unamuno, que ya descubrió el secreto de sueño y su despertar, de su vida y su muerte, ahora le soñamos, lector, tú y yo, cada uno a nuestro modo, y así D. Miguel, en ese nuestro sueño con que le rehacemos, es algo tú y algo yo, que le adentramos entrañablemente en nosotros al soñarle. Al cabo es esta una a modo de inmortalidad en lo humano tan anhelada por él. Que la otra, la que de Dios depende, El la da a quien con su imagen en su obrar se conforma.

GERARDO GARCÍA CAMINO
Director de la Biblioteca Pública

Viento nuevo...

A Pedro Romero Mendoza, director de «ALCANTARA», con admiración y afecto.

I

No te importe la vela, marinero,
sucía, remendada y vieja,
ni la barca transida en el estero
rezumando cansadas singladuras
del tiempo.

II

Para bogar por mares exteriores
y navegar océanos internos,
solo precisas la gracia
del viento...

Del viento de esperanza que acaricia
con la acezante inquietud
del hondo mañana incierto,
y al abombar la corcusida vela
la barca impulsa al esencial sendero,
oculto, que la quilla de ilusión
va abriendo.

III

No lo olvides, marinero:
Todas las noches traza Dios con sombra
tu buscado rumbo inédito,
y cada día, porque tú lo estrenes,
sopla Dios en tu vela, un viento nuevo...

Cáceres, Marzo 1949.

FERNANDO BRAVO